



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

PQ6567
S. 5
M. 5

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID: 1908.—Est. tip. de la Viuda é hijos de M. Tello,
Carrera de San Francisco, 4.

LA MISIÓN DE LA MUJER

Bueno es que padezcamos algunas veces contradicciones y que sientan de nosotros mal, aunque hagamos bien y tengamos buena intención: estas cosas de ordinario nos enseñan á ser humildes y nos apartan de la vanagloria.

Porque entonces mejor buscamos á Dios por testigo interior, cuando por de fuera somos despreciados y no nos dan crédito.

(Imitación de Cristo.)

I

No hace todavía muchos años que en un pueblecito de Aragón había una infeliz familia de labradores, tan dividida, tan desgraciada, que el techo de la casa que la cobijaba parecía cubierto de una densa y negra sombra.

El pueblo se llama Cabañas, y la que esto escribe ha pasado en él algunas horas muy dichosas.

Tan alegre aldea parece como coronada por el sol cuando éste se levanta, y cercada de verdura como el nido de una paloma en medio de un bosque.

Sólo tiene una calle larga y dos pequeñas que la atraviesan; pero el campo se ve por todas partes con su risueño y espléndido verdor.

Entre casa y casa asoman los verdes álamos sus ramas; las margaritas coronan los tejados, y la golondrina cuelga su nido en las paredes de todos los edificios, como una viajera amiga que va á llevar á los que le dan asilo la alegría y la felicidad.

Al final de una de las calles pequeñas ó de travesía, se hallaba la iglesia, y al lado, la casa del señor cura: la vista de esta casita regocijaba los ojos y el corazón.

Junto á la gran puerta, ojiva, vieja y maciza de la iglesia, se veía la que daba entrada á la habitación del señor cura, que era muy humilde.

Encima de esta puerta había un balcón pequeño, todo cargado de macetas, y á los lados se veían dos rejas, igualmente adornadas de macetas de barro que contenían plantas olorosas de rica lozanía y espléndido verdor.

El balcón lucía todos los primores de un colosal ramillete.

En el mes de Mayo, el color de las rosas se mezclaba con la blancura de los jazmines, con el lila pálido y claro amarillo de las pasionarias y

con el dorado fuerte de las capuchinas, que se enredaban como una caprichosa, espesa y embalsamada cortina.

Las macetas eran pequeñas, todas de barro colorado, fresco y alegre; una fila ocupaba el piso del balcón, y luego, sobre una tabla, había otra segunda fila cuyas plantas llegaban al antepecho.

Detrás de aquella cortina, se veía, por las tardes, al señor cura rezando en su breviario: era aquél un anciano alto y delgado, de fisonomía que aún conservaba restos de una gran belleza y el sello augusto del talento, esa brillante luz que ilumina el rostro como un reflejo del alma en que se alberga.

Sus grandes ojos pardos tenían una mirada fija y penetrante como la del águila, pero llena de nobleza y dulzura; su nariz aguileña, su boca de gruesos labios, su espaciosa frente coronada de cabellos grises, su barba cuadrada, su tez blanca y rosada, hacían del vicario de Cabañas un tipo que era muy difícil olvidar después de haberle visto una sola vez.

Su edad pasaba de los cincuenta y cuatro años; sus manos eran blancas y estaban cuidadas con esmero, pues don Benigno—que así se llamaba el sacerdote—creía que nunca estaban demasiado pulcras las manos que cada día levantaban á Dios en el altar.

Sus hábitos eran de rica calidad, amplios, elegantes, majestuosos; su rica media de seda en ve-

rano, y de fino estambre en invierno, dejaba ver lo diminuto de su pie, que calzaba zapato con hebilla de plata; por debajo de la manga de su sotana salía un rico vuelo de batista.

Don Benigno, hijo de una persona muy rica y de elevada jerarquía, había visto lo que es el mundo y había sido militar antes que ministro de Dios; había disfrutado de todos los placeres de la vida y de la opulencia; pero su espíritu se fatigaba en la ardua lucha que tenía que sostener contra las miserias de la sociedad.

La elevación de su alma vencía siempre, y don Benigno se quejaba en medio de los más espléndidos goces materiales. Poco á poco, un hastío profundo fué invadiendo á aquel brillante coronel de treinta años, y empezó á disgustarse de todo lo que la vida le daba á manos llenas: se aburría en los festines, en los convites, en los bailes y hasta en los teatros, donde las obras que veía le parecían basadas en falso y sostenidas por recursos ridículos ó exagerados, y era que, para aquel genio colosal, las concepciones del talento eran tan poca cosa que ningún interés podían ofrecerle.

Retiróse del mundo y quiso escribir para aliviar aquella fiebre del alma que le devoraba, aquella languidez del cuerpo, aquel hastío doloroso que todo le traía y que empezaba á empujarle hacia el sepulcro; se entregó al trabajo mental, esa panacea de los dolores humanos; su pluma dejó las asperezas de lo común y se remontó á regiones

elevadas: un aplauso unánime recibió sus concepciones; pero la envidia fué levantando traidoramente su horrible cabeza detrás de la luminosa faz del entusiasmo: se buscaron defectos á sus obras, se fingió hallarlos, se le ultrajó con sofismas, con sarcasmos, con burlas; los que no le comprendían se indignaron con él, y se levantó una cruzada rugiente y amenazadora contra aquel genio brillante que convertía á todos en pigmeos.

El coronel venció á las turbas, y luego se dijo que el mundo en que vivía no estaba formado para su alma y que había hecho demasiado en dejarse engañar tanto tiempo.

Un día se aseguró en los salones de Madrid que el elegante, el sabio, el valeroso coronel D... había entrado en un seminario, dejando el casco guerrero por la sagrada tonsura: tal determinación, tan extraño é impensado acontecimiento llenó á todos de asombro; se achacó á un amor mal pagado, y, en efecto, el amor era el que tenía no pequeña parte en su resolución; pero el amor no hallado jamás y que en vano había buscado como él lo comprendía y lo necesitaba.

Una mujer había subyugado su corazón durante mucho tiempo; pero, por una fatal coincidencia, aquella mujer estaba próxima á casarse y no tuvo bastante decisión para romper sus compromisos.

Casada ya, ambos se buscaban como el cuerpo á la sombra, sin hablarse, sin cambiar más que un mudo saludo, una inclinación de cabeza; pero sus

ilusiones cayeron rápidamente al ver que no guardaba con todos la compostura y frío decoro que con él, y que reía y coqueteaba con los demás con una frivolidad muy general y de buen tono en los salones: fácil conquista le hubiera sido la de Valeria, y, sin embargo, por su misma facilidad le halagaba tan poco, que renunció á ella sin esfuerzo y sin pena, llorando más bien la pérdida de sus ilusiones que la de una conquista que apenas estimaba.

En fin, aquella alma grande se volvió toda entera á Dios como el supremo consolador de todos los males, como la fuente de eterna salud, como el que ve un puerto largo tiempo buscado y encontrado después de mil fatigas y tropiezos. Don Benigno se abrazó á la cruz de Cristo; se hizo amigo de los pobres, el padre de los huérfanos, el protector del desvalido, y deseando la calma y la soledad, pidió y obtuvo aquel curato de aldea, al que le siguió su madre, que sentía haberle visto tomar semejante partido, porque le cerraba el brillante camino de la vida, y á la par se alegraba de que le hubiera elegido, porque le ponía á salvo de mil sinsabores que ya le había visto sufrir.

Durante diez años le acompañó la virtuosa anciana en su voluntario destierro; al cabo de este tiempo, el ángel de la muerte descendió á la tierra y agitó sus alas sobre la frente venerable de la madre del vicario, llevándose al cielo su alma.

Aquéel era el último lazo que unía al mundo á

don Benigno: mucho lloró la pérdida de su amada madre; él mismo la envolvió en su sudario y la colocó en un modesto sepulcro de mármol blanco, símbolo de la pureza con que aquella noble señora había vivido; sobre la piedra tumularia había grabada una corona de duquesa, esculpida en oro: era el postrer tributo consagrado á la elevada clase en que Dios había querido colocarla.

El sepulcro se halló siempre cubierto y rodeado de flores, que llevaban, no sólo el hijo, sino también las labradoras á quienes la anciana señora había socorrido y consolado en sus adversidades.

Don Benigno olvidó hasta la última memoria de su corona ducal; ya no quedó de ella otro resto que la corona que adornaba la tumba de su madre.

Una labradora de edad madura, viuda y pobre, pero aseada y limpia, fué á cuidar del señor cura; su hijo, que era pasante de la escuela con una peseta diaria que le daba el maestro, servía de sacristán y de ayuda de cámara de don Benigno.

Cabañas no volvió ya á conocer ni el hambre ni la escasez.

Ardía una casa, y el señor cura daba para levantarla de nuevo.

Se perdía la cosecha, y el señor cura indemnizaba á los labradores.

Había enfermedades en una familia, y el bolsillo del señor cura estaba pronto para atender á los gastos necesarios.

En una palabra, don Benigno era la providencia del lugar; pero no una providencia con zapatos rotos, sotana grasienta y manteo remendado.

Verdad es que don Benigno era muy rico y podía vestir bien; pero aunque hubiera sido muy pobre, jamás hubiera sido su aspecto indigno y miserable, sino aseado y pulcro.

Su dignidad le hubiera impedido ir harapos, pues uno de los axiomas que más procuraba inculcar en el ánimo de sus feligreses era que el que no se respeta no merece ni tiene que esperar el respeto de los demás.

Nunca, ni antes ni después de pertenecer á la Iglesia, había pensado en agradar á nadie al hacer su *toilette*, sino en complacerse á sí mismo: se vestía por su propio decoro y no para parecer mejor ó peor.

Limpiaba su hermosa dentadura; cuidaba sus manos, que eran muy bellas, y llevaba sus hábitos talaes cortados por el mejor sastre de Madrid.

La elegancia de aquel sacerdote era una segunda naturaleza: don Benigno era elegante en sus pensamientos, en sus maneras, en su traje y en todas sus acciones.

Pasaba muchas horas del día leyendo; no pocas en oración; dos paseando, y las restantes visitando á sus enfermos y á sus pobres.

Recibía casi todos los periódicos y libros que en París y Madrid se daban á luz, y juzgaba sus páginas con una lucidez tan sorprendente, que le

hubiera dado, á haber hecho públicos sus fallos, la fama del más consumado crítico.

Dirigía cada día al pie del altar una breve alocución á sus feligreses, y cuando predicaba sus sermones de Cuaresma ó de las festividades de la Virgen, iba gente á Cabañas de lejanas poblaciones y hasta de Madrid.

Era su elocuencia la dulce y persuasiva del sacerdote sabio y virtuoso, del hombre que ha sufrido mucho y que todo lo espera de la divina misericordia, creyéndola la única fuente de paz y de felicidad.

En su casa era alegre y sencillo como un niño. La señora Andrea y Tiburcio, su hijo, le adoraban y decían que, al entrar en casa don Benigno, entraba un rayo de sol; que sin él se hallaban como á oscuras, y que sólo su vista les hacía dichosos.

En la comida era sobrio, y de tal suerte, que apenas se comprendía que viviese con tan poco alimento; pero aunque comía manjares muy ordinarios, le agradaban bien hechos, y ante todo condimentados con un aseo exquisito.

Su mesa estaba servida con modestia; la ropa blanca era casi pobre; la plata no muy abundante, pero brillaba de tanto limpiarla; la vajilla era blanca, de porcelana, con ligeros filetes dorados.

A su mesa tenía muchos días á tres ó cuatro niños, aseados de antemano por sus padres con especial primor, y cuando, al andar por la calle, las labradoras querían impedir á sus hijos que le

molestasen por el afán de apoderarse de su mano para besarla, el bondadoso sacerdote decía imitando al Divino Maestro:

—Dejad á los niños llegar hasta mí.

Tal era don Benigno, en cuyo retrato quizá me he detenido demasiado; pero le copio del natural, y lo hago con tanto placer, que todavía me estaría hablando de él más tiempo, si el curso de mi historia no me exigiese ya que dé á conocer á nuevos personajes.

II

Hacia el fin de la misma calle en que estaba situada la iglesia y en que habitaba el señor cura, había una casa de buena apariencia, habitada por uno de los labradores mejor acomodados de la aldea y aun del contorno.

Este labrador se llamaba Juan Pedro, siguiendo la devota costumbre de muchos del país que adoptan el nombre de los dos apóstoles.

Tenía dos hijas y un hijo, y además una mujer que era para la familia, según decían todos, una cruz de las más pesadas que Dios puede enviar á una casa.

En efecto: Lorenza—éste era su nombre—hacía diez años que estaba privada de la razón; su locura, muchas veces pacífica y melancólica, era en otras ocasiones violenta y casi furiosa: la infeliz gritaba, se golpeaba contra las paredes de su cuarto, aullaba, gemía y acababa por acurrucarse en un rincón, yerta de fatiga y de espanto y presa de un temblor convulsivo.

¿Por qué había perdido el juicio aquella mujer desdichada?

Nadie sabía más que una causa para justificar